

torios eran la contraposición, *grasso modo*, entre comunismo y capitalismo. La época de auge de este terrorismo fue la que se inició aproximadamente en la década de los 60 hasta la caída del muro de Berlín. El terrorismo actual puede parecer a primera vista una mera reorganización del terrorismo internacional de la guerra fría, pero es algo más que eso. Es un terrorismo global no sólo porque se manifieste en cualquier punto del planeta, sino porque su estructura interna ha cambiado, pasando de la rigidez vertical propia de la estructura militar del terrorismo internacional, a la horizontalidad de las redes, que contienen unos contingentes difusos de activistas. El adentro y afuera de la organización es menos nítido que en la época de la guerra fría. El carácter global del nuevo terrorismo viene asimismo determinado por el uso de las nuevas tecnologías, como la telefonía móvil o Internet, como armas logísticas, que permiten contacto permanente entre los miembros de la organización y tareas de proselitismo, reclutamiento, propaganda, gestión financiera y almacenamiento de datos, con similar clandestinidad (si es que esto existe en la red) y anonimato que en épocas precedentes.

Otro rasgo novedoso de este terrorismo global es que sus ejes definitorios proceden de fuentes religiosas, especialmente, el inte-

grismo islámico, en detrimento de la escisión clásica comunismo-capitalismo. El terrorismo global no depende necesariamente del mecenazgo estatal, sino que —como lo define el autor— es un «terrorismo internacional privatizado» (p. 49). El mundo en el que actúa este terrorismo ya no es bipolar, y por tanto estas formaciones —como Al Qaeda— no se apoyan en un bloque contra otro, sino que tienen por objetivo particular a la única potencia dominante, Estados Unidos, y como objetivo general a Occidente.

A partir de este concepto básico, apoyado a su vez en una precisa definición del concepto de terrorismo (p. 16), descriptivo y no normativo, el trabajo de Reinares avanza hacia cuestiones como el análisis de la relación entre objetivos terroristas y las formas de ejercicio de la violencia, la caracterización del 11 de septiembre, las formas posibles de respuesta a estas nuevas formas de terrorismo y la discusión de la tesis del choque de civilizaciones, entre otros.

**Una historia del terrorismo**, Walter Laqueur, *Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 2003.*

Este libro se publicó originalmente en 1997, y ahora es reeditado junto con un prólogo si acaso

inevitable después de los atentados terroristas del 11 S.

El trabajo se propone trazar una historia del terrorismo para, en primer lugar, afirmar y hacer notar que tal historia existe. En efecto, el autor —profesor de la Universidad de Georgetown y presidente del Consejo de Investigaciones Internacionales del Centro de Estudios Estratégicos de Washington— afirma que las diversas formas, ideologías y contextos en los cuales aparece y se desarrolla el terrorismo tiende a favorecer la idea de que se trata de un fenómeno inédito, original, del todo nuevo. Laqueur no niega esa diversidad, pero busca detectar rasgos de continuidad que hagan posible desligar lo novedoso de lo más o menos permanente.

Así, el autor sostiene que el terrorismo es, ante todo, una metodología, consistente en la utilización sistemática de la violencia política. No es por tanto ni una ideología ni una doctrina política, pues como *modus operandi* que es, ha sido utilizado por casi todas las corrientes del espectro político y para los más diversos fines.

*Una historia del terrorismo* fue desarrollado por Laqueur a partir de una de las conclusiones a las que arribó en su estudio sobre la guerra de guerrillas (*Guerrilla Warfare*): la noción de que el terrorismo urbano no constituye una nueva fase de la guerra de

guerrillas, sino un fenómeno fundamentalmente diferente de ella, proveniente de otra tradición y dotado de otra herencia. Dejando de costado explícitamente la cuestión de cómo responder al problema de la violencia terrorista, Laqueur aborda en este trabajo básicamente cuatro puntos: la doctrina del terrorismo sistemático, la sociología de los grupos terroristas, las actuales interpretaciones del terrorismo, y por último sus rasgos habituales, sus metas, motivaciones y grado de eficacia.

Sobre este último punto, y particularmente en lo referido al alcance de la capacidad del terrorismo de lograr sus objetivos políticos —al menos los enunciados como metas de lucha—, Laqueur sostiene que la regla y no la excepción es la ineficacia política del terrorismo, pues históricamente estos movimientos han conseguido más bien lo contrario de lo que se proponían, es decir, más represión. En este sentido, Laqueur concluye que el marxismo estaba «más próximo a la verdad que al error» al concebir que la acción y movilización de las masas contaba con más probabilidades de alcanzar el éxito que las hazañas de un puñado de hombres, por más valientes o heroicos que quisieran ser. Siendo básicamente una forma de utilización de la violencia política, el terrorismo —según el autor— no es una mera técnica,

sino que quienes lo practican suelen tener ciertas creencias o temperamento, más allá de las diferencias ideológicas. La filosofía terrorista es como la técnica del terror político: puede ser utilizada por cualquier persona, indistintamente de su ideología política. En cuanto a la definición misma de lo que es terrorismo, Laqueur —además de diferenciarlo como se ha visto de la guerra de guerrillas— sostiene que ningún concepto tiene posibilidades de dar cuenta de todas las variedades de terror político históricamente habidas. Una definición operativa de terrorismo se debe autolimitar a señalar la sistemática utilización del asesinato, las lesiones y la destrucción, así como la amenaza de tales consecuencias, a fin de alcanzar fines políticos. A partir de aquí, todo son diferencias que, a los efectos explicativos científicos, son importantes pero irrelevantes en el sentido de que todas ellas se dan dentro del concepto de terrorismo: la acción violenta más o menos indiscriminada; el propósito de crear una atmósfera de terror o el de centrarse en la mera acción negativa de destruir físicamente a los enemigos u oponentes; la elección de víctimas por su carga simbólica o por la relevancia estratégica; y así se podría continuar enumerando otras diferencias. No obstante, el propio autor es escéptico acerca de la posibilidad de construir un

concepto de terrorismo político no ya que cierre la controversia, sino que sea capaz de encontrar consenso entre los estudiosos e investigadores. Para muestra baste un botón: Laqueur sostiene que su propia definición será presumiblemente objetada por los «puristas» pues está basada en que un rasgo central del terrorismo es la utilización sistemática de la violencia política, en la medida en que tales críticos sostienen que terrorismo puede ser un solo y aislado acto de violencia política —por ejemplo, el asesinato del heredero del trono austrohúngaro en 1914 por parte de un estudiante del grupo clandestino *Unión o muerte*—, sin pretensión de inaugurar una cadena táctica de hechos con miras a lograr unos fines políticos.

Se trata por tanto de un trabajo histórico que, como tal, sirve para entender las formas actuales de la política y, en particular, arroja luz sobre el recrudecimiento del recurso al terror como medio para alcanzar determinados fines.

**Javier Franzé**

**Ciento cuatro días**, Pedro Provençio, *Germanía, Valencia, 2003, 156 pp.*

He aquí *Ciento cuatro días*, el nuevo libro de poesía de Pedro

Provencio (Alhama de Murcia, 1943), con la carga de hondura y de verdad a la que nos tiene acostumbrados (*Modelado en vacío* o *Es decir*, por ejemplo), más otros secretos contrabandos. Devuelvo mis impresiones sobre una lectura que me estuvo dando vueltas varios días (ciento cuatro, quizá) en la cabeza o, mejor dicho, en el alma. Lectura como quien dice con resaca, porque deja una mezcla de pesadumbre y gozo, ya que la fiesta valió la pena.

El artista siempre busca. El escritor ensaya distintos caminos y ese perseguir es el itinerario de sus libros. Pero algunas veces ocurren momentos de gloria, cuando encuentra. Son esos los libros fundamentales que justifican el trayecto. Es el caso de este poema biográfico a dos voces que inquiere hacia adentro, que expone oscuramente lo oscuro, no por regodeo sino para poder entenderlo.

Comprendida inevitablemente de una manera general e imperfecta —como aconsejaba Coleridge—, lo que primero transmite esta poesía es la densidad de un conflicto: un nudo ciego que viene desde lejos, desde la infancia, o más atrás, desde la misma concepción (véase *Embrión*, 1991), y la voluntad de comprender su por qué. Hay una decisión empeñada de averiguar, de ir hasta el nervio porque existe la sospecha de que el dolor, siendo inevitable,

sólo puede atenuarlo el conocimiento, el saber y su exposición con la palabra, con la escritura.

El doliente se vuelve hacia sí mismo porque sabe que a fuera no hay ayuda posible, se abisma en su interior y regresa al niño triste y desvalido en el que se reconoce. Sabe que el malestar es permanente, su rasgo más genuino, pero no se resigna, busca con determinación y a tientas. Desciende a la propia infancia, desanda turbios laberintos y haya una única experiencia diáfana: el placer de las primeras letras, el deslumbrante mecanismo del conocimiento que mitigaron la soledad, la pobreza, el desafecto. En el texto aparece el maestro, no el maestro en sí sino el eco de sus palabras devoradas por el niño; no importa lo que dicen sino el método, el camino del conocimiento, la llave que perforó el limitado techo de la aldea, las primeras letras que sacaron al pequeño de su soledad y su disgusto. Con ese descenso introspectivo el adulto encuentra, en la experiencia de su propia infancia, el recurso —el método—, para hacer soportable la intemperie que es el sino de una vida.

El poema avanza oscuro, turbio, enmarañado como la historia del que busca explicación y paliativo. Las dos voces de una misma biografía (el adulto que se ausculta sin anestesia y el colegial que aporta, en la voz del maestro, su